

el rescate y la memoria



De la coerción a la curación: el Tratamiento Moral de Francois Leuret

Norberto Aldo Conti

Francois Leuret (1797-1851), se formó con Royer-Collard (1768-1825) en Charenton y formó parte del grupo de colaboradores más cercanos de Esquirol (1772-1840), en 1828 ocupó la jefatura de redacción de los *Anales de Higiene pública y medicina legal* y, en 1836, fue nombrado Médico-Jefe en Bicetre. En 1838 presentó un trabajo, en la Academia Real de Medicina, titulado *Indicaciones a seguir en el tratamiento moral de la locura* en el cual consideraba un elemento esencial del tratamiento la “intimidación de la locura”, dicha técnica, justificada por Leuret en la necesidad de rectificar las ideas y afectos del alienado para alcanzar su curación, fue considerada por sus detractores como un abordaje de gran crueldad física y psíquica, esta situación lo llevó a escribir su obra de 1840, *El tratamiento moral de la locura*, que hoy presentamos a nuestros lectores, con la intención de aclarar lo que él consideró un gran malentendido. Como bien observa Huertas, (Huertas, 2001), este libro es una “obra doctrinal” acerca de lo que el autor considera que es la locura y su perspectiva, sin duda, es también aceptada por buena parte del colectivo profesional de los alienistas de la época. Leuret afirma: “*La locura consiste en la aberración de las facultades del entendimiento; no está, como las enfermedades ordinarias, caracterizada por síntomas físicos, y las causas que la producen, en ocasiones apreciables por los sentidos, pertenecen la mayoría de las veces a una categoría de fenómenos completamente ajenos a las leyes generales del mundo material: son pasiones e ideas.*” Esta diferenciación tajante de la locura respecto al resto de las enfermedades médicas coloca a Leuret en el horizonte pineleano de la alienación mental y justifi-

ca la búsqueda y calibración de un abordaje médico de la locura que no esté centrado en correcciones físicas sino psíquicas o psicológicas del alienado en el convencimiento de que este dispositivo de técnicas permitirá no solo mitigar padecimientos sino curar al enfermo. No deja de ser interesante observar que el denodado esfuerzo en las descripciones de Leuret por quebrar la “obstinación” de los pacientes, que bien pueden ser interpretadas como coerción y disciplinamiento psíquico apuntan siempre a una necesidad, a veces obsesiva, del alienista por restablecer la salud y alcanzar la curación de sus pacientes. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX se abandone progresivamente la técnica del tratamiento moral se abandonará también la idea de curabilidad de la locura y comenzará a funcionar el dispositivo manicomial como lugar de reclusión permanente que generará nuevas subjetividades ancladas en la cronicidad, una cronicidad abalada por las nuevas direcciones de la filosofía y la ciencia europea: el positivismo, el naturalismo evolucionista y la degeneración.

Hemos seleccionado algunas viñetas clínicas que creemos son representativas del trabajo de Leuret ya que no solo hablan del abordaje sobre sus pacientes sino también del tipo de compromiso y compenetración del médico en la búsqueda creativa, por cierto, de la curación de los más variados casos de alteraciones mentales. Abordaje y compromiso no exento de ser analizado críticamente en el contexto de las tensiones del campo psiquiátrico de la época, actividad que esperamos estos fragmentos despierten en nuestros lectores.

1. Conti, NA., “El tratamiento moral de Pinel en los orígenes de la Psiquiatría Moderna” en *Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría*, Vol. XIX; Nro. 82, pag. 394-396, 2008.
2. Conti, NA., *Historia de la Depresión: La Melancolía desde la Antigüedad hasta el siglo XIX*, 1ra. ed., Ed. Polemos, Bs. As., 2007.
3. Conti, NA., “La Psiquiatría Moderna: una perspectiva histó-

rico-epistemológica”, en *Interdisciplina en Psiquiatría*, FINTECO, Bs. As., 2006.

4. Huertas, R. “Francois Leuret: terapia e intimidación moral”, introducción a F. Leuret, *El Tratamiento Moral de la locura*, AEN, Madrid, 2001.

Alucinados

Las alucinaciones son para quien las padece equivalentes a las sensaciones. Hasta ahora el tratamiento ha resultado nulo.

«Las locuras acompañadas por alucinaciones, dice Esquirol, son difíciles de curar. Siendo únicamente un síntoma de delirio, y pudiendo acompañar a diversas enfermedades mentales, agudas o crónicas, no exigen un tratamiento particular».

Durante algún tiempo, he creído, como Esquirol, que las alucinaciones no requieren un tratamiento especial; no pensaba que se las pudiese atajar ni mediante razonamientos ni mediante pasiones; y sabía que los remedios físicos no actuaban sobre ellas. De cualquier manera, pensando yo que todas las ideas, las sensaciones e incluso el dolor pueden desaparecer, al menos de forma momentánea, con una fuerte impresión moral, supuse que lo mismo podría ocurrir con las alucinaciones. Por ello, lo ensayé y el éxito fue conforme a mis expectativas, así lo prueba la siguiente observación recogida y redactada por Aubanel y Orliac, entonces alumnos internos del servicio de Bicêtre, y ahora doctores en medicina.

Primera observación

Herencia y embriaguez. Alucinaciones auditivas y visuales; pensamientos eróticos y ambiciosos. Tratamiento físico sin que actúe sobre el delirio. Tratamiento moral inmediatamente seguido por la curación. Duración de la enfermedad: tres meses.

El citado como A., de 42 años, carpintero, soltero, nacido en París, ingresó en Bicêtre el 18 de junio de 1839. «De temperamento nervioso-sanguíneo, A. abusaba del alcohol: dice que su padre bebía también, lo que provocaba, repetidas veces, el desvarío en sus facultades intelectuales. Inquieto, impaciente, se enfadaba con facilidad. Cuando trabajaba con sus compañeros en tal estado no les permitía la menor burla. Sin embargo nunca había dado señales de locura, hasta que (15 días antes de

su admisión en Bicêtre), su sueño empezó a perturbarse y ya no pudo reposar. Entonces comenzó a sufrir alucinaciones. Se, creía que algún delator le perseguía, oía voces que repetían su nombre. En ese mismo período, se le metió en la cabeza que su capataz había decidido comprarle una vinatería. Se trataba de la tienda de un vendedor que estaba al lado del taller donde él trabajaba.

»18 de junio: El día de su ingreso A. no está muy nervioso. Cuenta que desde hace un mes sufre acosos y persecuciones. Hay sobre todo tres personas que no dejan de perseguirlo, entre ellas el vinatero; le considera un chivato y un ladrón. De ahí viene una discusión muy fuerte y una demanda de daños y perjuicios por parte del enfermo de 500 francos. Habla también de su patrón que tantas promesas le ha hecho. Éste le tenía mucho cariño y su mujer le hacía mil bromas continuamente. A. oye muy a menudo la voz de sus enemigos que hablan de él; además se imagina que es rico y que los más exquisitos placeres están a su disposición.

»Al contar lo que precede, no se exalta. Pero hay gran inestabilidad en sus palabras, que, casi con exclusividad giran en torno a los productos de sus alucinaciones. En su fisonomía se aprecia cierto asombro, apenas disarmonía. Es consciente del cambio que acaba de sufrir, aunque mantiene que está en Bicêtre para pasear y no como enfermo. Parece ser siempre víctima de sus alucinaciones. Oye a cada momento la voz de sus padres y está convencido de que lo están esperando cerca de la verja divisoria donde se encuentra.

»Circulación lenta; rostro enrojecido y alterado, el color rojizo de su cara está algo oscurecido. La lengua, pesada y blanca. Baños con afusión. Pediluvios. Limonada. Caldo con fideos. Cuatro ventosas en la nuca.

»22 de junio. El estado del enfermo no ha mejorado. Continúa oyendo y viendo lo mismo que los días ante-

riores; ha sufrido un ataque de nerviosismo, circunstancia que ha obligado al uso de la camisa de fuerza. Sigue con los baños y con los caldos. Baños con afusión. Pediluvios. Dos ventosas en la nuca.

»El mismo tratamiento durante cierto tiempo. Su agitación desapareció pronto. Hay menos excitación en sus palabras, mucha más tranquilidad; la mejoría se mantiene y se juzga conveniente enviar al enfermo a la sala masculina de los tranquilos. Aunque aún no han desaparecido sus alucinaciones, éstas son siempre las mismas a no ser que A. imagine que oye hablar a sus padres. En otros aspectos, sus convicciones no se modifican: siempre hay enemigos. Se le dejó algún tiempo sin hacerle mucho caso. Está delgado y quiere recuperar peso; y como no se le habla de su locura, permanece tranquilo y ya no ha vuelto a hablar de lo que siente. Más tarde se le obligó a trabajar y se negó rotundamente; deseaba salir, decía, y seguir como estaba. Se le aplicaron duchas; muy sensible ante su efecto, no tardaba en pedir clemencia prometiendo trabajar. Pero olvidaba muy pronto su promesa, y al día siguiente vuelta a empezar. Terminó por agotar la paciencia de Ferrus que estuvo algún tiempo sin ocuparse de él. A. pasaba casi todo el día durmiendo, bien en el patio, bien al lado de su cama; seguía en calma y nunca hablaba de su locura

»Leuret, encargado del servicio de los alienados en el mes de agosto del corriente, le recomendó que trabajase, al igual que Ferrus; y ante el rechazo del enfermo le redujo la cantidad de comida, prometiéndole más alimento si trabajaba. Hasta ese momento Leuret estuvo tan insatisfecho como el propio Ferrus; pero el 12 de septiembre se ocupó especialmente de dicho enfermo y le aplicó a su manera el tratamiento.

»12 de septiembre. Por la mañana Leuret pregunta a A. si quiere trabajar; éste se niega, alegando falta de fuerza física, y afirmando que, además, no podrá retenerlo indefinidamente en Bicêtre; que pronto saldrá y volverá a trabajar en su oficio, cuando esté en libertad. Por añadidura se queja de que le molesta continuamente un montón de gente, molestias a las que está expuesto día y noche. Tanto le incordian que le resulta imposible dormir ni un momento. De inmediato lo conducen al baño y lo colocan bajo la ducha. Leuret lo interroga y le autoriza a contar todo lo que ha sentido desde que ingresó en Bicêtre.

—Desde hace seis meses me he enterado de cosas que no sabía; y todas las he aprendido observando los astros. Por ejemplo, he aprendido algo de anatomía.

—¿Qué es la anatomía?

—Anatomía son las cosas que aparecen en las nubes; animales y personajes. He visto a distintos personajes en el Sol. Y he aprendido que el Sol nos da la luz del día. Y en la Luna he visto a un individuo que no conocía.

—¿Ha visto a ese personaje en la Tierra?

—No, señor Leuret. Desde hace seis meses trabajo por la seguridad del Rey y de su castillo y nunca he cobrado un duro. Miro al Sol mientras trabajo y cuando me molesta a la vista, lo dejo y luego vuelvo a mirar de nuevo.

—Dice que tiene enemigos, ¿quiénes son?

—Sí, tengo enemigos aquí; el primero es el ordenanza. También hay otros: los oigo, pero no los veo. Están debajo de la cama; si me permitiese adentrarme en los sótanos del edificio, seguro que los encontraría. Los pasadizos subterráneos están debajo de la cama, allí están mis hombres, que se encargan de llevar mis designios a París. Durante seis meses he estado dando órdenes para la seguridad del rey; siempre estaban preparados a la espera de mis órdenes. Oigo tan bien las voces de mis hombres como le oigo ahora a usted; es tan cierto como que me llamo A.; se lo juro. Juré por mi honor mantener la paz en París. Gracias a las órdenes que daba y que eran obedecidas, Francia se encuentra sosegada.

—¿Cómo puede saber lo que ocurre en París?

—La memoria me indica lo que ocurre fuera de Bicêtre, y sé perfectamente que mis órdenes se cumplen a rajatabla... Ahora me ocupo de mis propias miserias aquí y no de esos asuntos... Pero, ayer por la noche, todavía me sentía agobiado por el conserje que quería que me acostase muy temprano. Por otro lado, tengo otros enemigos. Durante la noche oigo a algunas mujeres que están debajo de mi cama, estoy tan seguro como que mi nombre es A. Me llaman de todo.

—¿Qué le dicen?

—Barbaridades. Siempre están hablando de mí. Cuando estuve trabajando por la seguridad del rey, apenas podía descansar porque estas mujeres me decían toda clase de guarrerías.

—¿Qué decían?

—No puedo repetir todas esas barbaridades.

—¿Pero qué le decían? Le permito que me lo cuente.

—Me decían que era un canalla... Hablan constantemente, cuando me acuesto, cuando estoy sentado, cuando estoy en el patio. Están todo el día hablando de mí y siempre lo hacen para hacerme daño y para insultarme.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?

—Cuando estoy en la cama, miro la lámpara, y cada mirada tiene un significado; los guardias que están en los subterráneos, bajo mi cama, me comprenden.

—¿Qué señal les hace?

El enfermo hace una seña con los ojos que parece tener un significado imperativo.

–Esto quiere decir vete hacia la derecha o hacia la izquierda. Cada mirada tiene un significado diferente.

–Había supuesto que una mujer, que vivía en París, encima de su casa, en el mismo edificio, le cortejaba porque a menudo se la encontraba en la ventana, ¿cree usted que le provocaba?; ¿qué opina ahora al respecto?

–Sí, señor, esta mujer quería poseerme, me decía toda clase de cosas para que me enredase con ella.

–¿Está seguro de que esta dama se asomaba a la ventana para cortejarlo?

–Claro que sí, se lo juro como que me llamo A.

–¿Cómo es posible que ahora no oiga ninguna voz de mujer?

–Posiblemente porque me encuentro rodeado de otras personas.

–Y en su cama, ¿cómo es posible que sus compañeros no oigan esas mismas voces?

–Porque nuestras conversaciones son en voz baja; y además, a veces nos comunicamos mediante señas.

–¿No estará usted mintiendo en todo lo que dice?

–Le he dicho toda la verdad, se lo juro como que me llamo A.

Tras haber escuchado complaciente la narración de A., Leuret le habló así:

–A., voy a darle mi opinión sobre todo lo que me ha contado: nada de lo que me ha dicho es cierto; todo lo narrado no son sino locuras, usted está loco y por eso está retenido aquí en Bicêtre.

Entonces A. le contesta:

–Sr. Leuret, no creo estar loco, no puedo evitar mirar la lámpara pues está enfrente de mí, ni a las personas que están debajo de la cama, ni en los subterráneos porque simplemente están ahí. Usted cree que todo lo que digo son bobadas, eso quisiera yo, pero sé que lo oigo y que lo veo. Entonces, según lo que le cuento, ¿no tengo esperanza de salir de aquí?

–Saldrá pero con una condición; escuche bien lo que voy a decirle. Saldrá de aquí cuando no esté loco, y esto es lo que tiene que hacer para curarse. No debe mirar al Sol ni los astros, tampoco ha de creer en los subterráneos porque no existen; no debe hacer caso de las voces que usted cree que provienen de los sótanos porque ni hay voces ni personas que hablen en los subterráneos porque

éstos ni siquiera existen. No es el salvador del Rey, y no ha de creer que lo protege. Nunca debe hablar de todo esto porque si continúa haciéndolo le considerarán siempre un loco. Además, no debe negarse a trabajar, cualquiera que sea la actividad que le encomienden. Si quiere que me sienta satisfecho, debe obedecer, pues todo lo que le digo es razonable. ¿Promete que no volverá a pensar en sus locuras y que no hablará nunca más de ello?

–Si no desea que hable de ello porque considera que son locuras, no hablaré más.

–¿Promete no volver a pensar en estas quimeras?

El enfermo contesta dubitativamente:

–No, señor; ya no pensaré más en estas cosas.

–¿Promete que trabajará a diario cuando se lo pidan?

–Tengo un oficio, y quisiera poder salir para seguir ejerciéndolo.

–Ya le he explicado cuál es su situación. Ahora, le estoy preguntando si va a trabajar.

El enfermo duda y asiente con dificultad.

–Viendo que ha faltado a su palabra muy a menudo y que no va a cumplir sus promesas, le daré una ducha y seguiremos con ellas a diario hasta que usted mismo me pida que desea ir a trabajar, y cuando confiese de corazón que todo lo que ha contado no son más que locuras.

Ducha. Le resulta dolorosa, no tarda en ceder.

–Usted desea que trabaje, pues trabajaré. Tampoco quiere que piense en lo que le he dicho porque sólo son quimeras, así lo haré. A quienes me hablen del asunto les diré que todo es mentira, y que únicamente tenía necesidades en la cabeza.

–¿Irá hoy a trabajar?

–Pues, si no tengo más remedio iré.

–¿Pero irá de buena gana?

–Si no tengo más remedio, así lo haré.

–Debería contestar que todo es por su bien. ¿Irá de buena gana o no?

Duda. Ducha. Tras un instante:

–Sí, señor, todo lo que le he contado son sandeces, iré a trabajar.

–¿Eso significa que ha estado usted loco?

–No, yo nunca he estado loco.

–¿Nunca ha estado loco?

–Por lo menos así lo creo.

Ducha.

–¿Ha estado usted loco?

–¿Se considera estar loco haber imaginado cosas, verlas y oír las?

–Sí.

–Bueno, pues entonces se trata de una locura. No había ni mujeres, ni hombres ni compañeros, porque todo era una locura.

–¿Si usted oyese algo semejante, qué pensaría?

–Creería que es una locura, y no le daría mayor importancia.

–¿Y en cuanto a esa mujer que le cortejaba?

–Señor, eso no es cierto, porque todo era una quimera. Tengo la cabeza más tranquila que antes de haber recibido la ducha, pues todo lo que decía eran tonterías y ya no pienso más en ello.

–Quiero que mañana venga a agradecerme por haberle alejado de todas esas locuras.

–Le prometo que trabajaré y que le daré las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

–Quisiera que hoy mismo fuese a trabajar.

–Iré, se lo prometo.

»Aquella misma noche, A. recibió una ducha de Aubanel por no haberse acordado de que tenía que ir a trabajar. Cedió al segundo intento. No había ido a trabajar porque no sabía a quién dirigirse para integrarse en el grupo de trabajadores. Aubanel, que lo considera una mala excusa, le nombra vigilante de la división. A. promete inscribirse al día siguiente.

»13 de septiembre. Esta mañana A. se dirige a Leuret en cuanto lo ve aparecer por el patio; le agradece el haberle apartado de sus pensamientos; espera que llegue la hora de trabajar para salir. Desde ayer no ha visto ni ha oído nada: “Eran ilusiones que tenía en la cabeza, ahora lo veo claro; estoy seguro de ello; ¡le estoy tan agradecido por lo que ha hecho por mí!, me ha ayudado mucho”. Leuret le aconseja que hable con sus compañeros de trabajo para distraerse. Le amenaza con nuevas duchas si vuelve a sus locuras. “No quiero verlo triste, le dice Leuret, le castigaré severamente si falta a su palabra”. Pide A. quedarse en el trabajo. Antes de dejar a Leuret, le confiesa que todavía creía haber oído algo y ver alguna que otra cosa, pero añade: me he dicho a mí mismo que esto era una locura, y lo he alejado de mi mente. Nuevas exhortaciones de Leuret, nuevas promesas de A.

»14 de septiembre. La misma firmeza que el día anterior. A. ni ha visto ni ha oído nada; se burla de sus antiguos pensamientos. Leuret procura tenderle trampas... A. las evita con destreza, siempre con la convicción de que sus quimeras sólo eran locuras. Se le habla de los subterráneos, de voces, de mujeres, etc., pero ya no cree en eso. Nunca se le había visto tan contento en Bicêtre; ha recobrado, según ha dicho él mismo, el carácter jovial que tenía antes de ser perseguido por sus alucinaciones. “Ahora soy más feliz, comenta, ya no tengo en la cabeza todas esas tonterías que tanto me perjudicaban”.

»15 de septiembre. A. ha recuperado totalmente la razón. Como el día anterior se refiere a sus antiguas ocurrencias burlonamente. Dice que todos los sueños que le habían martirizado durante meses sólo eran quimeras; ya no ve enemigos en ningún sitio. Sus compañeros le encuentran alegre y sociable. Antes de someterse al tratamiento moral no hablaba con nadie; ahora charla con el primero que llega, elige preferentemente a quienes están más dispuestos a reír y a bromear. El trabajo, lejos de disgustarle le procura esa distracción que tanto bien le hace. “Déjeme que pase el día entero trabajando, es la única manera de evitar el aburrimiento que proviene de la ociosidad”.

»16 de septiembre. El mismo ánimo que la víspera. A. sonrío maliciosamente cuando oye que Leuret habla con alguien sobre las alucinaciones que este último sufre. Interpelado por Leuret sobre si hay alguna posibilidad de encerrar en los subterráneos los esqueletos que uno de los pacientes decía creer visto, A. responde: “Los subterráneos estaban en mi cabeza, como ahora lo están los esqueletos en la mente de este señor”. Cuando A. va a acostarse, Leuret intenta ponerle alguna trampa pero las nuevas convicciones de A. son muy sólidas, y no cede frente a nada.

»17 de septiembre. Al vernos llegar al comedor, A. sonrío, como si adivinase que nos propusiéramos confundirlo para encontrar la ocasión de corregirle. Responde con firmeza a cualquier ataque. Leuret repite la escena del día anterior. Interpela a A. para saber si no convendría llevar a los espíritus (por los que otro hombre sufre alucinaciones y sé siente atormentado) a un rincón de los subterráneos. “Primero hay que hacerlos desaparecer de la imaginación, igual que usted hizo con mis locuras”. Se siente muy orgulloso de su respuesta.

»25 de septiembre. No hay ninguna duda de la total recuperación de A. Este hombre, antes del tratamiento, estaba flaco y triste; ha engordado de nuevo, y ha recobrado la alegría. Ahora su sueño es muy sosegado. Se lleva bien con todo el mundo. He creído ver, he creído oír, esto es lo que suele contestar cuando se le pregunta sobre sus alucinaciones. Trabaja muy a gusto en el campo. Canta entonces viejas canciones. Es decir, su conducta y sus palabras (a partir del día en que prometió olvidar sus quimeras y que dio su palabra de volver a trabajar) prueban claramente que A. está totalmente curado. Solicita

salir del hospicio, y expresa su deseo de volver enseguida a París para continuar con su trabajo. Leuret le dice que escriba a alguien para que venga a buscarlo, y así lo hace. Enseguida, uno de sus amigos le notifica que han realizado una colecta de 200 francos entre sus compañeros para que pueda mantenerse si no encontrara trabajo en el taller nada más salir de Bicêtre. Este amigo considera que A. sigue siendo el mismo que había conocido antes de su enfermedad.

«Finalmente, se acuerda que saldrá el día 3 de octubre, es decir, veinte días después de la larga entrevista del 12 de septiembre. Durante la visita de la mañana, el día de su marcha, A. vuelve a agradecer una vez más a Leuret todo su apoyo y promete esforzarse todo lo posible para no tener que reingresar en Bicêtre».

Sin duda, la curación de A. se produjo en primer lugar gracias a la ducha, y además a la atención que le presté cuando, estando en el baño, le hice que hablara sobre su delirio, exigiendo que me respondiese siempre de manera razonable. Antes de que yo empezase con el tratamiento, ya había recibido duchas para que aceptase trabajar, pero no habían podido vencer su obstinación y no habían surtido ningún efecto sobre sus ideas de grandeza y sus alucinaciones.

Cuando hay que impresionar a un paciente y obtener de él buenas palabras, bien por miedo a la ducha, bien por cualquier otro medio, es necesario agobiarle sin interrupción con muchas preguntas, y sólo mostrarse satisfecho cuando no haya ya más preguntas que hacer, o cuando parezca que ya no existen reticencias en sus palabras. Compruébalo si no lo que ocurrió en el caso recién explicado. Quiero que el enfermo me prometa que ya no volverá a pensar más en sus preocupaciones; me da su palabra de no hablar más de ello y ponerse a trabajar. Si me hubiese conformado con su respuesta, me hubiera llevado la peor parte; el paciente habría disimulado posiblemente durante algún tiempo, pero hubiesen sido necesarias una o varias sesiones para curarlo, y no sé si lo habría conseguido, pues, al igual que con los niños, si cedés una vez con los alienados, resisten esperando que cedamos otra vez. No he tenido ninguna consideración con el amor propio de A.; no he temido decirle ni repetirle que estaba loco, y que sería considerado como tal todo el tiempo que siguiese con sus ensueños; le he obligado a que pronuncie la palabra loco para que, a ser posible, siempre vayan unidas las ideas de locura y enfermedad, llamando a cada cosa por su nombre.

Una vez finalizada la sesión del baño, no estaba muy seguro de que no hubiera una pronta recaída; no pensé en ningún momento que la curación fuera real y quise que el paciente enseguida se pusiese a decir y a hacer lo que un hombre razonable debería hacer y debería decir en su lugar. Dado que usted es razonable, entonces puede trabajar: así pues, cuando hable de sus locuras, debe atestiguar con sus palabras y con su mirada que todo eso ya lo ha olvidado; muéstrese activo y contento, riase de las cosas que hacen reír, búrlese de las cosas ridículas,

pues desde luego esas quimeras son ridículas. Si esa no es su reacción, me estará demostrando que aún está enfermo, y debo someterle de nuevo al tratamiento médico.

Suelo tender trampas a los alienados que, tras la ducha, parece como si actuaran razonablemente. Me dirijo a ellos, y finjo que me arrepiento de las objeciones que les he hecho, que siento malestar por lo que les he provocado. Si se dejan engañar, les enseño en lo que han fallado para que estén siempre en guardia consigo mismos. Puesto que, en esta especie de lucha, mi objetivo no es castigarlos sino curarlos, se comprende que me preocupo de desvelarles las astucias que empleo, según los grados de inteligencia de los enfermos a quienes me dirijo. En ocasiones mi pregunta exige ya, por decirlo así, una respuesta razonable; otras veces, por el contrario, para no dejarse engañar, hay que estar totalmente aferrado a la razón. A., sometido a este tipo de pruebas, nunca deliró. Yo le examinaba a diario, y también era examinado por mis alumnos cuya misión consistía en no darle la razón. Siempre se mostraba razonable con todos nosotros. Dense cuenta de que su locura, hereditaria desde luego, era muy reciente, databa de unos tres meses, lo que condicionaba favorablemente su curación.

Teniendo en cuenta este hecho, ¿qué puede pensarse del siguiente párrafo extraído de ese resumen de Pariset, del que ya he hablado en alguna otra ocasión? :

«¿Qué lograría la severidad... con los alienados, con quienes se obsesionan con sonidos extraños, con voces, con palabras, con frases, con discursos!... Arrancar, mediante el dolor, a esos desafortunados la confesión de que no oyen lo que oyen supone empujarles a mentir, y tal mentira, que los degrada ante sus propios ojos, los llena de desprecio y odio hacia ustedes; y como en absoluto son alienados por sufrir alucinaciones sino por las quimeras a las que se aferran, al atacar tales ideas para destruirlas, para combatirlas con argumentos y con violencia, a fin de atraer al paciente hacia un único sentimiento de sus impresiones interiores, lo que se logrará más a menudo es amargarlos con nuevos tormentos».

Tales objeciones, que parecen graves, sin embargo carecen de fundamento; la observación anterior así lo demuestra. Tras una primera amonestación, A. llegó a decir que todo lo que había contado durante tres meses no tenía ni podía tener fundamento real. Una vez liberado de sus alucinaciones, las juzgó como las hubiera juzgado cualquier ser razonable; y sin olvidar el servicio que la ducha le había prestado, nunca se quejó de haberla recibido, nunca pareció mostrar hacia mí otro sentimiento que el de gratitud. ¿Si al menos Pariset propusiese un tratamiento que fuese al mismo tiempo más eficaz y más suave que el mío! Pero según Pariset «el precepto consiste en favorecer la renovación del organismo» en los casos de alucinaciones y en cualquier otro tipo de locura. Sobre la renovación del organismo, ya he dicho lo que pensaba, que es algo inimaginable. En cuanto a no aconsejar ningún cuidado particular supondría volver a incluir el tratamiento de las alucinaciones en las generalidades del tratamiento de la locura, es decir, emplear el aislamiento, las sangrías, los purgantes, los baños, etc., elementos que pueden ser adecuados en ciertos casos,

pero que están lejos de actuar directamente sobre las alucinaciones.

Lejos de oponer el tratamiento que yo aconsejo a otro más eficaz, ustedes abandonan al alucinado a su enfermedad, lo que les lleva a censurar mi práctica, que según su opinión envilece al paciente y sólo consigue amargarlo con nuevos tormentos. ¿Tormentos? Nunca; he recibido esa ducha, la he experimentado en mi propia persona con una fuerza inusitada; mis alumnos la han ensayado igualmente; y no resulta grato, pero entre recibir la ducha y seguir loco, ¿quién podría vacilar? Ustedes piensan que el enfermo se siente degradado porque se le obliga a confesar que no oye lo que realmente oye. Desengañense; su amor propio pronto llegará en su ayuda, le reanimará ante sus propios ojos, y, lejos de sentir hacia el médico desprecio y odio, se llenará de reconocimiento hacia él.

Obtengan de un hombre que sufre alucinaciones, no digo una confesión, pues presupondría una convicción forzada, pero sí la respuesta de que las voces no pueden salir de los árboles, ni de las paredes, ni de la tierra. Si eso llegara a ocurrir, como no podrá pasar por mentiroso, les dirá que creyó oírlo, que lo ha percibido como si fuese una verdadera sensación. Convénzalo, si es preciso, de que no es el dueño de oír o de no oír, aunque no le digan que de él no depende escuchar o no escuchar; díganle que sólo los alienados se adhieren a falsas sensaciones y únicamente para distraerse, para entretener su mente y sus manos. Si usted es su médico, y le atormenta sólo en ese aspecto pero en todo lo demás le colma de cuidados y bondades, ¿piensa seriamente que el enfermo así tratado se sentirá envilecido y sólo demostrará odio y desprecio? ¡Despreciado! No lo será y tampoco creará serlo. ¡Odiado! Eso es improbable, sobre todo si usted le ha controlado durante su convalecencia; si, junto a los beneficios que haya obtenido, usted se ha empeñado en hacer desaparecer las penosas impresiones que le quedaban de su tratamiento. Y si no es así, si el recuerdo de su apoyo no llegase a desvanecer su resentimiento, pues entonces que le odie, con tal de que se cure.

Segunda observación

Encarcelamiento por un delito político. Producción del pensamiento, acompañado por una alucinación auditiva; rechazo a hablar y a alimentarse. Curación gracias al tratamiento moral.

Urbain M., de 30 años, nacido en el ducado de Bade, ingresó en el hospicio de Bicêtre, trasladado desde el Hôtel-Dieu, el 29 de mayo de 1838. En la visita de la mañana lo he encontrado pálido, delgado, está tumbado, no quiere hablar, ni comer, ni beber, ni tan siquiera moverse. Opino que vislumbra algo de lo que ocurre a su alrededor por la curiosidad y la inquietud de su mirada y tengo la certeza de que, en consecuencia, no ha perdido del todo su inteligencia; pero como tampoco dispongo de ningún dato sobre su vida no puedo presuponer lo que sucede en su mente. Seguramente en su imaginación encierre pensamientos tristes, y posiblemente cier-

tas ideas religiosas le lleven a Urbain M. a rechazar la comida. La delgadez del paciente me hace pensar que no come desde hace tiempo, y la falta de fiebre (tiene 78 pulsaciones por minuto), la integridad de los órganos torácicos y abdominales (hasta donde puedo juzgar dicha integridad por el pulso, la resonancia y la auscultación) me llevan a creer que lo primero que debo hacer es darle de comer. Más tarde supe que no comía desde hacía ocho o diez días.

Antes de mi visita, habían interrogado en varias ocasiones a Urbain sin haber conseguido respuesta alguna. Temiendo que reaccionase del mismo modo conmigo, no le pregunté nada, a fin de que no aprovechara la ocasión para negarse a hacer lo que yo le pidiese. En estos casos, siendo la acción del médico totalmente moral, éste siempre debe aureolarse de cierto prestigio, sin aparentar que cede, para que su autoridad permanezca intacta. Entonces, sin parecer percatarme de si hablaba o no, le dije: «Este hombre tiene que beber algo; vamos a darle un poco de bebida». En ese momento le tapo la nariz al paciente y le hago tomar un caldo con ayuda de un biberón. Al principio el enfermo no se movía ni para tragar, ni para respirar, y cuando se siente tan molesto porque no puede respirar, pregunto a mis ayudantes si han colocado hielo en el cuarto de baño, y añado que si a Urbain se le ocurre escupir lo que tiene en la boca será conducido de inmediato a la ducha. Bien por miedo a la ducha, bien por la necesidad vital de respirar, Urbain se bebe el caldo. Enseguida percibo su carácter inquieto, y también observo la atención con que sigue todos mis movimientos, viendo que ya tengo algo de influencia sobre él. Tras haber tomado su caldo, mueve las manos, posiblemente en señal de agradecimiento, pero hago como que no me doy cuenta, y le dejo que descanse unas horas.

Durante el día me comunican que se ha orinado en la cama; no le hago ningún reproche y le obligo a beber una nueva taza de caldo utilizando la misma coacción que la primera vez; después, para que rompa con su abotargamiento, para distraerle y para abrir su apetito le ordeno que se levante. Lo sacan de la cama, lo visten sin que llegue a moverse; una vez vestido, sin embargo se pone de pie. Dos criados lo agarran por los brazos, lo sujetan y lo llevan hasta el jardín donde otros pacientes se ocupan de los trabajos de jardinería. Jules Picard, entonces alumno interno encargado del servicio de los alienados, tiene la genial idea de hacer transportar piedras de un lugar a otro, y para ello, coloca a los enfermos de manera que lo hagan formando una cadena. Situamos a nuestro pobre Urbain, a pesar de su debilidad, en esta cadena, y cuando su compañero le da una piedra, éste la mira, sonríe y tras dudar un instante, coge la piedra y la entrega al siguiente. Al principio trabajó lentamente, después se animó y terminó por hacerlo tan bien como el resto de sus compañeros.

Mientras trabaja, y a mi requerimiento, traen la sopa y una cuchara para cada obrero. Una vez que ha llegado la comida, los obreros rompen la cadena y comen. Urbain es invitado por uno de sus compañeros que ya le tutea, para que participe también con ellos; se deja conducir hasta el perol de la comida, coge una cucha-

ra y come igual que los demás; al ver su reacción, no manifiesto ni satisfacción ni sorpresa; no doy muestras de ocuparme de él, y al mismo tiempo charlo con Picard sobre temas que puedan distraer al enfermo, sin dejarle sospechar que él mismo es el objeto de nuestra charla. Tras la comida, traen vino, y puesto que sólo hay una jarra para todos, se le da a cada uno su parte, empezando por los más veteranos. Cuando llega el turno de Urbain, éste duda; pero como hay alguien esperando su turno, termina decidiéndose. Mi finalidad, al llevar un solo vaso, consistía en modificar la actitud de Urbain, temeroso de ser envenenado (temor que yo podía adivinarle, pero del que no tenía ninguna certeza), pues esperaba que el paciente no hubiese dicho palabra alguna todavía acerca de ello.

Durante la noche, después de una jornada de trabajo, no come; y, en lugar de beber lo que se le ofrece, coge una escupidera e ingiere su contenido.

Al día siguiente, Urbain parece menos delicado y más animado que el día anterior; su lengua, según se observa, está ya sana; tiene sólo 56 pulsaciones por minuto. Durante la visita (ese día yo no estaba encargado de realizarla) se le prescriben «tres ventosas escarificadas en la nuca, un baño con afusiones tibias en la cabeza, limonada mezclada con vino, un lavativo laxante, un pediluvio, leche y caldo». Por lo demás se le dan buenos consejos que ni siquiera escucha.

En este tipo de casos, pueden indicarse ciertas prescripciones médicas; pero lo difícil es conseguir que el enfermo se someta a ellas, y si así lo hace, si sigue la prescripción, se curará no por el efecto de los remedios sino porque ha superado su obstinación.

En el transcurso de la mañana se le aplican a Urbain tres ventosas en la nuca; pero no nos preocupamos de que ingiera ni comida ni bebida. Picard y yo le obligamos a levantarse; unos criados lo visten, y como ya no teníamos a nuestra disposición a los obreros del día anterior, le obligamos a coger cubos de agua para limpiar la habitación donde se aloja y tras dicho ejercicio, le metemos en su bolso huevos cocidos y pan. Una vez solo, come, y le damos leche, que también bebe.

Al día siguiente, al encontrarse menos débil que los días anteriores, lo llevamos fuera del hospicio para trabajar. Sorprendidos por un chaparrón, nos refugiamos en el sotechado de un vinatero. Picard y yo le demostramos nuestra amistad, le testimoniamos todo nuestro interés hacia él y nuestro ardiente deseo de alejarlo de su desgraciada situación, pero sólo muestra su agradecimiento estrechando la mano de Picard. Pedimos que nos traigan vino, azúcar y pan. Se bebe un gran vaso de vino, guarda el azúcar en su bolsillo y lo come más tarde, pero rechaza el pan. Pasado el nubarrón, Urbain se marcha al trabajo y enseguida se alimenta un poco.

Al cuarto día, de repente ya no quiere hablar; igualmente se niega a comer, y cuando le introducimos caldo en la boca lo expulsa. Como el uso de la sonda esofágica no está exenta de inconvenientes, empleamos la ducha. Urbain al principio soporta la ducha sin pestañear; pero enseguida se siente atormentado y por primera vez profiere algunas palabras: *mein Gott! mein Gott!* Finjo no

comprender lo que dice y no le exijo hablar en francés, pero sí que beba y que coma. Obedece y toma todo lo que se le ofrece.

Durante nueve días, se ha de recurrir a coacciones para que coma. La perseverancia y la habilidad de Picard empiezan a hastiar la paciencia o más bien la obstinación del enfermo, que llega en esos últimos dos o tres días a este peculiar estado: Urbain, según las indicaciones de Picard, se acostaba o se sentaba; abría la boca y se dejaba introducir la sonda en el esófago, sabiendo a ciencia cierta que con esa ayuda ingeriría los alimentos. Pero si mientras abría la boca para meterle la sonda se le introducía en lugar de ésta una cuchara de potaje o de cualquier otro alimento, enseguida lo vomitaba, demostrando de esta manera (pues así nos lo hizo saber más tarde), que se dejaba alimentar por un método contrario al que estaba sometido, pero sin realizar movimiento alguno voluntario de deglución.

Al noveno día, vencida la obstinación de Urbain, se decidió éste a hablar y a comer. Nunca supe el verdadero motivo que le llevó a no alimentarse. Cuando le pedí explicaciones sobre el asunto, pensaba acaso que la razón era tan absurda que no se atrevía a contármela, pero si no hablaba era porque nosotros leíamos todos sus pensamientos conforme se producían. Todos nosotros, médicos, enfermos y enfermeros, éramos seres superiores que oíamos lo que pensaba, sin que éste emplease palabra alguna; él, por el contrario, simple mortal, no podía saber lo que pasaba por nuestras mentes, y esta inferioridad, con la que se encontraba ante nosotros, le hacía más inquieto y muy desgraciado. Los pensamientos se expresaban en su mente mediante un murmullo de palabras que su boca no pronunciaba. Y tales pensamientos sólo le pertenecían a él, a diferencia de las alucinaciones normales que atribuyen sus pensamientos hablados a un interlocutor y que le responden con palabras verdaderas.

Una vez lograda su confianza, procuramos entretenerlo todo el tiempo posible para alejarlo de sus conversaciones en voz alta, a las que nunca hicimos ningún tipo de concesión. Observó y juzgó perfectamente lo que ocurría a su alrededor, comprendió que se encontraba en un hospicio y que sus compañeros sufrían algún tipo de alienación. Dejó de creer que leíamos sus pensamientos, y ya no volvió a mirarnos como seres de naturaleza superior a la suya. Finalmente, salió el 26 de julio, es decir, estuvo casi dos meses internado en el hospicio de Bicêtre.

La causa de la enfermedad de Urbain era, sin lugar a dudas, moral. Había sufrido los primeros ataques durante la experiencia de una dura cautividad en Alemania por motivos políticos. Refugiado en Francia, al no haber encontrado trabajo, la miseria y la pesadumbre acabaron por turbar su razón.

En casos semejantes al de Urbain, ante la inminencia del peligro y la evidente ineficacia de las medicaciones físicas, cualquier facultativo se ve obligado a utilizar la coacción. El tiempo acucia, y mientras se dedican a remediar las condiciones viciadas de la sustancia nerviosa, o a recomponer su cerebro, el paciente habrá podido

morirse de inanición. Es preciso, mediante una presión física, obligar al enfermo a que ingiera alimentos y, vencer, si es posible, mediante impresiones morales, su fatal decisión. Todos los remedios farmacéuticos son valiosos, aunque un pensamiento bien utilizado puede lograr un cambio completo en la mente del enfermo.

Un monomaniaco, ingresado en la sección de incurables del hospicio de Bicêtre, dada la larga duración de su enfermedad y la falta de eficiencia de las medidas empleadas, y desesperado por su situación, decide morirse de hambre. Transcurrieron tres días sin que las recomendaciones ni los megos pudiesen superar la decisión que había adoptado mentalmente. Al no querer dejar al paciente que se debilitase más (pues cuanto más tiempo hubiese pasado, más peligro hubiese existido al emplear la fuerza), decidí aplicarle la ducha. Tras haberla recibido me dijo: ¿Qué interés tiene usted en que yo coma? ¿No es mejor morir de inanición que vivir miserablemente en un hospital?

—Sólo de usted depende tener que seguir en un hospital. No actúe de forma absurda; en lugar de permanecer siempre sombrío y taciturno, como está siempre, venga con nosotros, trabaje, coma, enseguida lo enviaré a la sección de los convalecientes y no tardará en recobrar su libertad.

—¡Mi libertad!, ¿cuándo la recuperaré?

—Si usted quiere, en un mes.

—¡En un mes! En ese caso comeré de inmediato.

Y, en efecto, comió; mi intención era que tomara tan solo una sopa, pero se lanzó ávidamente sobre alimentos más sólidos. Lo envié con los convalecientes, cambió su forma de vivir; muchas veces lo llevaba conmigo para animarlo y para que adoptase siempre las mejores resoluciones. Se desvanecieron sus ideas melancólicas, y al cabo de un mes, cumplimos cada uno la promesa hecha en las salas de baños.

También fui testigo de un hecho no menos afortunado acaecido en el establecimiento de Esquirol. Una dama, tras creerse culpable de grandes crímenes, rechazaba ingerir todo alimento. No habiendo logrado, mediante razones, hacerla cambiar de opinión, la introduje, cuatro veces diarias, alimentos líquidos en el estómago, haciendo uso de una sonda por la boca y por la nariz. Aun estando convencida de que, a pesar de su resistencia, yo conseguiría que se alimentase, ya tenía su decisión tomada y no se molestaba ni en masticar ni en deglutir. Todo lo que yo le prohibía, ella lo hacía; y todo lo que requería su propia voluntad, se negaba a hacerlo con obstinación. Como podíamos, la obligábamos a sen-

tarse, a colocarse, a su pesar, una servilleta para impedir que se manchase con el caldo o con la sopa suministrada mediante la sonda. Por último, la inclinábamos la cabeza, logrando que abriese la boca. Al final, conseguí que me obedeciese. Y, con la ayuda de la sonda, la inyectaba alimento en el esófago. Si, mientras estaba dispuesta y con la boca abierta, le ponía algún alimento en la lengua o en la boca, la paciente enseguida lo echaba y se negaba a abrir la boca porque se sentía engañada.

Un día, habiendo apelado a sus buenos sentimientos, conseguí que voluntariamente hiciese tres comidas, pero esto sólo duró un día. Le expliqué que su cabezonería me retenía junto a ella todo el día y me obligaba a descuidar todas mis ocupaciones; le conté que había un enfermo en peligro de muerte que me necesitaba pero que, a pesar de mi vivo deseo de atenderle en los últimos momentos de su vida, yo permanecería junto a ella para que comiese, a menos que me prometiese comer sin mí. No lo prometió pero hizo un pequeño gesto, y fingí que lo tomaba como un consentimiento; me marché, confieso que desconcertado ante el éxito de mi estrategia. Comió, pero al día siguiente de nuevo se repitió la misma situación, y hubo que recurrir a la sonda como el día anterior.

Finalmente, al cabo de doce días, conseguí lo que quería con una sorpresa que le reservaba, hábilmente preparada. A la enferma, desde su abstinencia voluntaria, se le prohibió la visita de sus padres, visita que, por lo demás, tampoco deseaba en exceso. Esquirol hizo venir a toda su familia, que era muy numerosa; llegaron una mañana y entraron de improviso en la habitación de la paciente, demostrándole todo su cariño y diciéndole que venían a buscarla para llevarla a Versalles enseguida. Convinimos de antemano en que no hablarían ni de enfermedad, ni de médicos, ni de su rechazo a la comida, distrayéndola todo lo posible, y que si la enferma comía, no volvería al hospicio, y que la llevarían enseguida a su casa.

No nos creíamos del todo que este plan tan bien urdido llegase a buen fin. Pero, una vez en Versalles, tras un corto paseo, les entró apetito y fueron a comer a un restaurante donde les sirvieron el almuerzo. La paciente se sentó como todo el mundo, y dudó un instante; procuraron no aparentar sorpresa ante su reacción. Comió, y desde entonces ya no ha rechazado el alimento. En pocos días sus taciturnos pensamientos desaparecieron y regresó a su país gozando de su razón íntegramente.

Esta medicina, así aplicada, resulta ser sin duda más independiente que la de la anatomía patológica. Es la única que conviene en aquellos casos donde sólo existe aberración mental.

Para las alucinaciones antiguas, he intentado este mismo tratamiento, aunque todavía no he obtenido ningún éxito duradero. Debo decir, sin embargo, que mis intentos al respecto datan de poco tiempo y que, además, son muy escasas esas experiencias ■